

Gozo celestial a través de la sangre

“Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar . . . que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero . . . y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. Estos son los que han venido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero” —Apocalipsis 7:9-24.

Estas palabras aparecen en la conocida visión de la gran multitud en la gloria celestial, que nadie podía contar. En espíritu, el Apóstol los vio de pie ante el trono de Dios y del Cordero, vestidos con largas vestiduras blancas y con palmas en sus manos; y cantaban en voz alta: “La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero”. Todos los ángeles respondieron a este cántico postrándose sobre sus rostros ante el trono, para adorar a Dios y ofrecerle alabanza y gloria eternas.

Entonces uno de los ancianos, señalando la gran multitud y la vestimenta que los distinguía, preguntó a Juan: «Éstos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?» Juan respondió: «Señor, tú lo sabes». Entonces el anciano dijo: «Éstos son los que han salido de la gran tribulación y han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo».

Esta explicación, dada por uno de los ancianos que estaban alrededor del trono, acerca del estado de los redimidos en su gloria celestial, es de gran valor.

Nos revela el hecho de que no sólo en este mundo de pecado y de lucha la sangre de Jesús es la única esperanza del pecador, sino que en el cielo, cuando todo enemigo haya sido dominado, esa preciosa sangre será reconocida para siempre como la base de nuestra salvación. Y aprendemos que la sangre debe ejercer su poder con Dios en el cielo, no sólo mientras el pecado todavía tenga que ser tratado aquí abajo, sino que por toda la eternidad cada uno de los redimidos, para alabanza y gloria de la sangre, llevará la señal de cómo la sangre le ha servido y de que debe su salvación enteramente a ella.

Si tenemos una visión clara de esto, entenderemos mejor qué conexión verdadera y vital hay entre “la aspersion de la sangre” y los gozos del cielo; y que una conexión íntima y verdadera con la sangre en la tierra, permitirá al creyente, mientras todavía está en la tierra, compartir el gozo y la gloria del cielo.

La alegría en el Cielo a través de la Sangre, es porque es la sangre la que:

I. Otorga el derecho a un lugar en el cielo.

II. Nos hace aptos para los placeres del Cielo.

III. Lo que proporciona el tema y la materia para el canto del cielo.

I. Es la Sangre la que nos otorga el derecho a un lugar en el Cielo

Es evidente que éste es el pensamiento principal del texto. En la pregunta: “¿Quiénes son estos que están vestidos de ropas blancas y de dónde vienen?”, el Anciano desea despertar la atención y la investigación sobre quiénes son realmente estas personas favorecidas, que están de pie delante del trono y del Cordero, con palmas en sus manos. Y, como él mismo da la respuesta, esperamos que seguramente mencione lo que podría considerarse como lo más notable de su apariencia. Responde a la pregunta: “¿De dónde vienen?” diciendo que “vienen de la gran tribulación”. A la pregunta: “¿Quiénes son estos?”, responde que han lavado sus largas vestiduras blancas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.

Esto es lo único a lo que, como su marca distintiva, llama la atención. Esto solo, les da el derecho al lugar que ocupan en la gloria. Esto se hace claramente evidente, si notamos las palabras que siguen inmediatamente: “Por esto están delante del trono de Dios y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono tenderá su tabernáculo entre ellos”. “Por lo tanto” —es por esa sangre que están delante del trono. Le deben a la sangre del Cordero, que ocupan ese lugar tan alto en la gloria. La sangre les da el derecho a ser salvos.

Derecho al cielo 1 ¿Puede hablarse de algo así en relación con un pecador condenado? ¿No sería mejor gloriarse sólo en la misericordia de Dios, quien, por gracia gratuita, admite a un pecador al cielo, que hablar de un *derecho* al cielo? No, no sería mejor, porque entonces no entenderíamos el valor de la sangre, o por qué tuvo que ser derramada. También tendríamos conceptos falsos tanto de nuestro pecado como de la gracia de Dios, y permaneceríamos incapaces de disfrutar plenamente de la gloriosa Redención que el Salvador ha realizado por nosotros.

Ya hemos hablado de la “expulsión de Satanás del cielo”, y hemos demostrado con este incidente que un Dios santo actúa siempre según la ley. Así como el diablo no fue “expulsado” de otro modo que según la ley y el derecho, así el pecador no puede ser admitido de ninguna otra manera. El profeta dijo: “Sión será redimida con juicio y sus convertidos con justicia” (Isaías 1:27). San Pablo nos dice que “la gracia reina *por la justicia*” (Romanos 5:21). Este fue el propósito por el cual Dios envió a su Hijo al mundo. En lugar de tener miedo de que hablar de tener derecho a entrar en el cielo pueda menospreciar la gracia, se verá que la mayor gloria de la gracia consiste en otorgar ese *derecho*.

La falta de esta percepción se encuentra a veces en la iglesia, donde menos se esperaría. Hace poco le pregunté a un hombre que hablaba de la esperanza que tenía de ir al cielo cuando muriera, en qué fundamento basaba su esperanza. No era en absoluto un hombre descuidado, ni confiaba en su propia justicia, y sin embargo respondió: “Bueno, creo que me esfuerzo al máximo por buscar al Señor y hacer Su voluntad”. Cuando le dije que ésa no era una base para comparecer ante el tribunal

de un Dios santo, apeló a la misericordia de Dios. Cuando le dije, de nuevo, que necesitaba algo más que misericordia, le pareció algo nuevo oír que era sólo la justicia de Dios la que podía concederle la entrada al cielo. Es de temer que haya muchos que escuchan la predicación de la “justificación por la fe”, pero que no tienen idea de que no pueden tener parte en la bienaventuranza eterna a menos que sean declarados legalmente justos.

Completamente diferente fue el testimonio de un muchacho que no estaba en pleno uso de sus facultades intelectuales, pero cuyo corazón el Espíritu de Dios había iluminado para comprender el significado de la crucifixión de Jesús.

Cuando en su lecho de muerte le preguntaron acerca de su esperanza, dio a entender que había un gran libro, en una de cuyas páginas estaban escritos sus muchos, muchísimos pecados. Entonces, con el dedo de su mano derecha, señaló la palma de su mano izquierda, indicando allí la huella del clavo. Tomando, por así decirlo, algo de la mano traspasada (estaba pensando en la sangre que la marcaba), mostró cómo todo lo que estaba escrito en esa página ahora estaba borrado. La sangre del Cordero era la base de su esperanza.

La sangre del Cordero da al pecador creyente el *derecho* al cielo. “He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Al derramar Su sangre, Él realmente llevó el castigo del pecado. Se entregó a la muerte realmente en nuestro lugar. Dio Su vida en rescate por muchos. Ahora que el castigo ha sido llevado, y la sangre de nuestro Señor realmente ha sido derramada como rescate, y aparece ante el trono de Dios en el cielo, ahora la justicia de Dios declara que, como la Fianza del pecador había cumplido todos los requisitos de la ley, tanto en lo que respecta al castigo como a la obediencia, Dios declara justo al pecador que cree en Cristo. La fe es simplemente el reconocimiento de que Cristo realmente ha hecho todo por mí; que la declaración de justicia de Dios es simplemente Su declaración de que, de acuerdo con la ley y el derecho, tengo derecho a la salvación. La gracia de Dios me otorga el *derecho* al cielo. La sangre del Cordero es la evidencia de este *derecho*. Si he sido limpiado por esa sangre, puedo afrontar la muerte con plena confianza: tengo *derecho* al cielo.

Ustedes desean y esperan llegar al cielo. Escuchen entonces la respuesta dada a la pregunta: ¿Quiénes son los que hallarán un lugar delante del trono de Dios? “Han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”. Ese lavamiento tiene lugar, no en el cielo, ni al morir, sino aquí, durante nuestra vida en la tierra. No se engañen con la esperanza del cielo, si no han sido limpiados, realmente limpiados, por esa sangre preciosa. No se atrevan a encontrarse con la muerte sin saber que Jesús mismo los ha limpiado con Su sangre.

II. La sangre también otorga la idoneidad para el cielo

De poco sirve que los hombres tengan derecho a algo si no están preparados para disfrutarlo. Por muy costoso que sea el don, de poco sirve si falta la disposición interior necesaria para disfrutarlo. Conceder el derecho al cielo a quienes no están preparados para ello en ese momento no les causaría ningún placer, sino que estaría en conflicto con la perfección de todas las obras de Dios.

El poder de la sangre de Jesús no sólo abre la puerta del cielo para el pecador, sino que actúa en él de una manera tan divina que, al entrar en el cielo, parecerá que la bienaventuranza del cielo y él han sido realmente hechos uno para el otro.

En qué consiste la bienaventuranza del cielo y cuál es la disposición que la hace apta para recibirla, se nos dice mediante palabras relacionadas con nuestro texto: “Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono tenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de agua de vida, y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”.

La cercanía y la comunión con Dios y el Cordero constituyen la bienaventuranza del cielo. Estar delante del trono de Dios y ver su rostro; servirle día y noche en su templo; ser protegidos por Aquel que está sentado en el trono; ser alimentados y guiados por el Cordero; todas estas expresiones indican cuán poco depende la bienaventuranza del cielo de algo más que de *Dios y del Cordero*. Verlos, tener trato con ellos, ser reconocidos, amados y cuidados por ellos, eso es la bienaventuranza.

¿Qué preparación se necesita para tener tal relación con Dios y el Cordero? Consiste en dos cosas:

i) Acuerdo interno en mente y voluntad, y

ii. Deléitese en Su cercanía y comunión, y ambas son compradas por la sangre.

i. No puede haber ningún pensamiento de idoneidad para el cielo aparte de la unidad con la voluntad de Dios. ¿Cómo podrían dos vivir juntos si no estuvieran de acuerdo? Y porque Dios es el Santo, el pecador debe ser limpiado de su pecado y santificado, de lo contrario sigue siendo totalmente inepto para lo que constituye la felicidad del cielo. “Sin santidad nadie puede ver al Señor”. La naturaleza entera del hombre debe ser renovada, para que pueda pensar, desear, querer y hacer lo que agrada a Dios; no como una cuestión de mera obediencia, al guardar un mandamiento, sino por placer natural, y porque no puede hacer ni querer de otra manera. La santidad debe convertirse en su naturaleza.

¿No es esto precisamente lo que hemos visto que hace la sangre del Cordero? “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”. Cuando la reconciliación y el perdón son aplicados por el Espíritu Santo y retenidos por una fe viva, allí la sangre opera con un poder divino, matando los deseos y las pasiones pecaminosas; la sangre ejerce constantemente un maravilloso poder limpiador. En la sangre, opera el poder de la muerte de Jesús; morimos con Él al pecado; a través de una relación de fe con la sangre, el poder de la muerte de Jesús penetra en las partes más íntimas de nuestra vida oculta. La sangre rompe el poder del pecado y limpia de todo pecado.

La sangre también santifica. Hemos visto que la purificación es sólo una parte de la salvación, la eliminación del pecado. La sangre hace más que eso; toma posesión de nosotros para Dios, y nos otorga interiormente la misma disposición que había en Jesús cuando derramó Su sangre. Al derramar esa sangre, Él se santificó a Sí mismo por nosotros, para que también nosotros fuéramos santificados por la verdad. Al deleitarnos y perdernos en esa sangre santa, el poder de la entrega total a la voluntad y gloria de Dios, el poder de sacrificarlo todo, para permanecer en el amor de Dios, que inspiró al Señor Jesús, es eficaz en nosotros.

La sangre nos santifica para que nos vaciemos y nos entreguemos a Dios, para que Él pueda tomar posesión de nosotros y llenarnos de Sí mismo. Esta es la verdadera santidad: ser poseídos por Dios y llenos de Él. Esto se logra mediante la sangre del Cordero, y así estamos preparados aquí en la tierra para encontrarnos con Dios en el cielo con un gozo inefable.

ii. Además de tener una voluntad con Dios, dijimos que la aptitud para el cielo consistía en el deseo y la capacidad de disfrutar de la comunión con Dios. En esto, también, la sangre confiere, aquí, en la tierra, la verdadera preparación para el cielo. Hemos visto cómo la sangre nos acerca a Dios; conduciendo a un acercamiento sacerdotal, sí, tenemos libertad, por la sangre, para entrar en el “Lugar Santísimo” de la presencia de Dios, y hacer allí nuestra morada. Hemos visto que Dios atribuye a la sangre un valor tan incomprensible, que donde se rocía la sangre, allí está su trono de gracia. Cuando un corazón se pone bajo la plena operación de la sangre, allí mora Dios, y allí se experimenta su salvación. *La sangre hace posible la práctica de la comunión con Dios*, y no menos con el Cordero, con el Señor Jesús mismo. ¿Hemos olvidado su palabra: “el que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”? La bendición plena del poder de la sangre, en su efecto más elevado, es *la unión plena y permanente con Jesús*. Es solamente nuestra incredulidad la que separa la obra de la persona, y la sangre del Señor Jesús. Es *Él mismo* quien limpia por medio de Su sangre, nos acerca y nos hace beber. Es solamente por medio de la sangre que somos aptos para la comunión plena con Jesús en el cielo, tal como lo somos con el Padre.

Vosotros que sois redimidos 3 Aquí podéis ver lo que se necesita para moldearos para el cielo; para haceros, incluso aquí, de mente celestial. Procurad que la sangre, que siempre tiene un lugar en el trono de la gracia arriba, manifieste su poder,

siempre, también en vuestros corazones; y vuestras vidas se convertirán en una comunión ininterrumpida con Dios y el Cordero: el anticipo de la vida en la gloria eterna. Dejad que el pensamiento entre profundamente en vuestra alma: la sangre otorga ya en el corazón, aquí en la tierra, la bienaventuranza del cielo. La preciosa sangre hace que la vida en la tierra y la vida en el cielo sean una sola.

III. La sangre proporciona el tema para el canto del cielo

Lo que hemos dicho hasta ahora se ha tomado de lo que el élder declaró acerca de los redimidos. Pero, ¿hasta qué punto es esto su experiencia y testimonio? ¿Tenemos algo que haya salido de sus propias bocas al respecto? Sí, ellos mismos dan testimonio. En el cántico, contenido en nuestro texto, se les oyó clamar a gran voz: “La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero”. Es como el Cordero inmolado que el Señor Jesús está en medio del trono, como un Cordero cuya sangre había sido derramada. Como tal, Él es el objeto de la adoración de los redimidos.

Esto aparece aún más claramente en el cántico nuevo que cantan: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque *con tu sangre nos has redimido para Dios*, de todo linaje y lengua y nación, y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes” (Ap. 5:9 y 10).

O en palabras algo diferentes, usadas por el Apóstol al principio del libro, donde él, bajo la impresión de todo lo que había visto y oído en el cielo concerniente al lugar que ocupaba el Cordero, a la primera mención del nombre del Señor Jesús, clamó: “Al que nos amó, y *nos lavó de nuestros pecados con su sangre*, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén” (Ap. 1:5 y 6).

Sin cesar, la sangre del Cordero sigue siendo fuerza para despertar a los salvados, a su canto de alegría y de acción de gracias; porque en la muerte de la cruz se realizó el sacrificio en el que Él se entregó por ellos, y los ganó para Sí; porque, además, la sangre es el sello eterno de lo que Él hizo, y del amor que lo movió a hacerlo, sigue siendo también fuente inagotable, desbordante de bienaventuranza celestial.

Para que podamos entender esto mejor, observemos la expresión: “El que nos amó y nos lavó de nuestros pecados *con su sangre*”. En toda nuestra consideración acerca de la sangre de Jesús, hasta ahora no hemos tenido ocasión de detenernos intencionalmente allí. Y de todas las cosas gloriosas que significa la sangre, ésta es una de las más gloriosas: Su sangre es la señal, la medida, sí, la impartición de Su amor. Cada aplicación de Su sangre, cada vez que hace que el alma experimente su poder, es un nuevo fluir de Su maravilloso amor. La experiencia completa del poder de la sangre en la eternidad no será otra cosa que la revelación completa de cómo Él se entregó por nosotros, y se nos da a nosotros, en un amor eterno, sin fin, incomprensible, como Dios mismo.

“El que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre”. Este amor es, en verdad, incomprensible. ¿Qué no lo ha movido a hacer ese amor? Se entregó a sí mismo por nosotros; se hizo pecado por nosotros; se hizo maldición por nosotros. ¿Quién se atrevería a usar semejante lenguaje, quién se hubiera atrevido a pensar

algo así si Dios no nos lo hubiera revelado por medio de su Espíritu? Que realmente se entregó a sí mismo por nosotros, no porque le fuera impuesto hacerlo, sino por el impulso de un amor que realmente anhelaba por nosotros, para que pudiéramos ser identificados para siempre con él. Como es una maravilla tan divina, por eso la sentimos tan poco. Pero, ¡bendito sea el Señor!, llegará un tiempo en que lo sentiremos, cuando bajo el amor incesante e inmediato, al compartir la vida celestial, seremos llenos y satisfechos con ese amor. Sí, ¡alabado sea el Señor! Incluso aquí en la tierra hay esperanza de que mediante un mejor conocimiento y una confianza más perfecta en la sangre, el Espíritu derramará con más poder “el amor de Dios en nuestros corazones”. No hay nada que impida que nuestros corazones se llenen del amor del Cordero y nuestras bocas de su alabanza aquí en la tierra, por la fe, como se hace en el cielo por la vista. Cada experiencia del poder de la sangre se convertirá cada vez más en una experiencia del amor de Jesús.

Se ha dicho que no es conveniente poner demasiado énfasis en la palabra “sangre”; que suena grosera y el pensamiento expresado por ella puede transmitirse de una manera más acorde con nuestro moderno hábito de hablar o pensar.

Debo reconocer que no comparto esta opinión. Recibo esa palabra como viniendo, no sólo de Juan, sino del Señor mismo. Estoy profundamente convencido de que la palabra escogida por el Espíritu de Dios, y por Él hecha viviente y llena del poder de esa vida eterna de la que nos llega el cántico que la contiene, lleva en sí misma un poder de bendición que sobrepasa nuestro entendimiento. Cambiar la expresión a nuestra manera de pensar tiene toda la imperfección de una traducción humana. El que desea saber y experimentar “lo que el Espíritu dice a las iglesias” aceptará la palabra por fe, como viniendo del cielo, como la palabra en la que se envuelven de una manera muy peculiar el gozo y el poder de la vida eterna. Esas expresiones, “ *tu Sangre* ” y “ *La Sangre del Cordero* ” harán que “ *el Lugar Santísimo* ”, el lugar de la gloria de Dios, resuene eternamente con las notas gozosas del “Cántico Nuevo”.

Gozo celestial por *la Sangre del Cordero* : esa será la porción de todos, aquí en la tierra, quienes con corazón indiviso se sometan a su poder; y de todos arriba, en el cielo, quienes han llegado a ser dignos de tomar un lugar entre la multitud alrededor del trono.

Compañeros míos en la Redención, hemos aprendido lo que dicen los que están en el cielo y cómo cantan acerca de la sangre. Oremos fervientemente para que estas nuevas tengan en nosotros el efecto que nuestro Señor quiso. Hemos visto que para vivir una verdadera vida celestial es necesario permanecer en el pleno poder de la sangre. La sangre otorga el derecho a entrar en el cielo.

Como sangre de *reconciliación*, obra en el alma la conciencia plena y viva que corresponde a quienes están en casa en el cielo. Nos lleva realmente al “ *lugar santísimo* ”, cerca de Dios. Nos hace aptos para el cielo.

Como la *Sangre purificadora*, nos libera de la lujuria y del poder del pecado, y nos preserva en la comunión de la luz y de la vida del Dios Santo. La Sangre inspira el canto de alabanza en el cielo. Como la sangre del Cordero “que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros”, no sólo habla de *lo que* Él ha hecho por nosotros, sino principalmente de Aquel que lo ha hecho todo. En la Sangre, tenemos la más perfecta impartición de Sí mismo. El que por la fe se entrega a experimentar, al máximo, lo que la Sangre es capaz de hacer, pronto encontrará una entrada a una vida de cantos felices de alabanza y amor, que sólo el cielo mismo puede superar.

¡Mis camaradas en la Redención! Esta vida es para vosotros y para mí. Que *la Sangre sea toda nuestra gloria*, no sólo en la Cruz con sus terribles maravillas, sino también en el Trono. Sumerjámonos profundamente, y cada vez más profundamente, en la fuente viva de la sangre del Cordero. Abramos nuestros corazones de par en par, y cada vez más, para su operación. Creamos firmemente, y cada vez más firmemente, en la *limpieza incesante* por la que el Gran Sacerdote Eterno mismo aplicará esa sangre en nosotros. Oremos con ardiente, y cada vez más ardiente deseo, que nada, sí, nada, pueda haber en nuestro corazón que no experimente el poder de la sangre. Unámonos con alegría, y cada vez más alegría, en el canto de la gran multitud, que no sabe de nada tan glorioso como esto: "Nos has redimido para Dios, con tu sangre".

Que nuestra vida en la tierra sea lo que debe ser, *oh nuestro amado Señor*. Un canto incesante para alabar a Aquel que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su propia sangre “y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre”.

“A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos.” Amén.

Tabla de contenido

Cubrir

Página de título

Página de derechos de autor

Contenido

Lo que las Escrituras enseñan acerca de la sangre

I. Aprendamos lo que enseña el Antiguo Testamento. Su relato sobre la Sangre comienza en las puertas del Edén.

II. Lo que Nuestro Señor Jesús Mismo Enseña Sobre la Sangre

III. La enseñanza de los Apóstoles bajo la inspiración del Espíritu Santo

IV. Pero quizás esto sea meramente un lenguaje terrenal. ¿Qué tiene que decir el Cielo? ¿Qué aprendemos del libro del Apocalipsis acerca de la gloria futura y de la sangre?

Redención por sangre

El Espíritu y la Sangre

Conocimientos necesarios

Necesidad y deseo

Expectativa

Reconciliación a través de la sangre

I. El pecado, que hizo necesaria la reconciliación

II. La santidad de Dios que predestinó la reconciliación

III. La sangre que obró la reconciliación

IV. El perdón que sigue a la reconciliación

Limpieza a través de la sangre

I. La purificación en el Antiguo Testamento

II. La bendición indicada en el Nuevo Testamento por la purificación

III. ¿Cómo podemos experimentar el pleno goce de esta bendición?

Santificación por medio de la sangre

I. Qué es la santificación

II. Esta santificación fue el objeto por el cual Cristo sufrió

III. Cómo se obtiene la santificación por la sangre

Limpiados por la Sangre para Servir al Dios Vivo

I. El derecho a morar en la presencia de Dios

II. La vocación de ofrecer sacrificios espirituales a Dios

III. El poder de procurar bendición para los demás es lo que da a la cercanía a Dios su gloria plena

Habitar en el “Lugar Santísimo” a través de la Sangre

I. Lo que Dios tiene preparado para nosotros

II. Cómo estamos preparados.

La vida en la sangre

I. ¿Qué es la bendición que se describe como “beber la sangre”?

II. Cómo se obra en nosotros esta bendición: o qué es realmente “beber la sangre de Jesús”

III. ¿Cuál debe ser nuestra actitud ante esta bebida?

Victoria a través de la sangre

I. La victoria que se obtuvo de una vez por todas

II. Hay una victoria progresiva: que sigue a esta primera victoria

III. También nosotros odiamos tener parte en esta victoria, si somos contados entre aquellos que han sido limpiados “en la sangre del Cordero”.

Gozo celestial a través de la sangre

I. Es la Sangre la que nos otorga el derecho a un lugar en el Cielo

II. La sangre también otorga la idoneidad para el cielo

III. La sangre proporciona el tema para el canto del cielo